

Espérame

en el cielo corazón

Pedro Correa Ochoa

|

Faltan quince minutos para las cinco de la mañana y el parlante de la torre de la iglesia de Ochalí despierta con estertóreos cantos marianos a todo el poblado y a los durmientes de las montañas vecinas. Antes, tres parlantes más le hacían coro al rosario de la Inmaculada y los cantos llegaban hasta los confines de los municipios de San Andrés de Cuerquia, Ituango y Toledo, condenados, como Ochalí, a estar sembrados sobre ese ramal de montañas de la Cordillera Central: testamento acucioso de los grupos armados.

Cuando el padre César Jiménez abre la puerta de la iglesia, Salomón Peláez Jaramillo, el profeta que dice haber predestinado la tragedia, está plantado frente a él, camándula en mano. El padre pasa de largo por la ducha contigua a su cuarto y se encarga del último llamado: el sonido seco de una campana amenaza que es hora del rosario. Son los primeros días de diciembre los que se dedican a la Inmaculada, patrona de Yarumal, el

municipio del norte de Antioquia, patrono del corregimiento de Ochalí.

Con la primera cuenta de diez en la camándula, el cuchicheo se aleja del parque, que es la parte más ancha de la única calle del poblado; sube en dirección al puesto de salud y sobrepasa el santuario de Salomón. Una pieza de tapias encaladas es donde el carismático saca al demonio de los cuerpos. “Hago ‘insorcirmos’ contra Satanás”, asegura.

El cuarto está dotado con un catre de tablas desnudas que sirve de camilla para auxiliar a los endiablados y un baúl que guarda sus armas: “mire, este es el cordón con el que azoto al demonio y esta el alba —un retazo de gabardina blanca—. El que me da el poder es el Santo Cristo de Buga”.

—¿Y dónde lo tiene?

—Mírelo allí. Lo tenía aquí cuando llegaron a matar a toda esa gente. Tumbaron la puerta, se pusieron mi ropa y se burlaban. Decían que

eran el presidente Samper y no sé qué más cosas.

—¿Pero usted no estaba aquí?

—No. Estaba en Londres, un terrenito que tengo en El Llano. Pero les había advertido a todos que la muerte iba a llegar. Después el Santo Cristo estuvo perdido, hasta que un día abrí la puerta y vi una lucecita. ¡Ah!, qué alegría me dio. Ese día le recé para que perdonara a los que trajeron la desgracia al pueblo.

II

Antes de que la callecita se extinga en el sendero que lleva al cementerio, el padre César pellizca el murano de la camándula y anuncia el tercer padrenuestro. A cincuenta metros del panteón, la procesión se detiene. El día empieza a clarear y permite que los devotos se encuentren frente a frente con el ángel del portón. La visión del 18 de enero de 2000 llega de nuevo a la memoria de los feligreses: el ángel con la mano izquierda señalando el cielo y bajo sus pies una fila de nueve muertos bañados en sangre. El paredón del fusilamiento conserva la firma de los autores: “Bienvenidas las Autodefensas Unidas de Colombia, siempre presentes. Berraquera y moral”.

La procesión gira, y entre avemarías y padrenuestritos deshace sus pasos. El murmullo, que había empezado a arrullar a los

durmientes del parque, ahora se ha convertido en unísonas palabras de fe. Frente a la escuela, los rezanderos se encuentran con las mulas emparejadas que bajan por el camino que se desprende del pueblo, cruza el Río San Andrés y, en Cacahual, se encuentra con la única carretera de acceso a los municipios de Toledo e Ituango.

No es solo ese camino el que une a Olga Echavarría y a Raquel Jaramillo de Uribe, tampoco la cercanía de sus casas, construidas en las goteras de Ochalí. Cuando a la cocina de la casa de la primera llegan los susurros del cuarto padrenuestro, ésta ya ha molido el maíz para armar las arepas del desayuno. En casa de Raquel, en cambio, no hay quién atienda rezos desde cuando ella y su esposo abordaron el camión escalera que sirvió de carro fúnebre a su hijo. No es solo ese camino el que une a estas mujeres.

El coro sube la empinada calle que lo lleva de nuevo al atrio. Sobre el costado derecho, el zócalo de lo que otrora fue casa y próspero granero de Juvenal Torres conserva la marca de sus asesinos: “A.U.C siempre”. Son ocho años de observar las mismas diez letras, así que a ninguno de los rezanderos sobresaltan. Antes de que Ochalí entre en su mutismo cotidiano y los devotos desaparezcan, el padre César advierte que a las seis de la tarde será la novena de la Inmaculada. Luego, la calle queda desolada.

III

La mañana del lunes 17 de enero de 2000, Antonio Uribe salió de su casa rumbo al parque. Un grupo de hombres armados le ordenó continuar hacia su destino y, aunque acató la orden, más adelante se desvió del camino y, por entre cafetales, regresó a su casa. Allí le contó a Raquel, la esposa, que Marino, el menor de sus hijos, estaba amarrado en el parque.

Guiñando el ojo tras la ventana, Olga Echavarría vio a varios hombres armados que golpeaban su puerta. Cuando les abrió, entraron a tropezones, registraron cada rincón y sacaron a empujones al forastero que le había rogado posada a la mujer la noche antes.

—¿Éste por qué está aquí?, —preguntaron mientras el hombre, aún en pantaloncillos, tiritaba de pánico.

—Me pidió posada —explicó Olga—. Me dijo que se la fiara, pero como a mí no me gusta fiar, le di comida y dejé que se acostara.

Según Olga, el hombre explicó que iba a cobrarles un dinero a unos amigos de la vereda El Llano, y los paramilitares, tras una retahíla de improperios, lo acusaron de ser un ladrón de bicicletas oriundo de Sopetrán, en el occidente antioqueño.

De casa en casa, los militares convocaron a los habitantes del poblado a que se reunieran en el parque. Allí pasaron las primeras horas



Bus escalera, Yarumal, Antioquia. Fuente: Leonardo Montenegro, <http://www.flickr.com/people/culturabus/>

de la mañana, padecieron el sol inclemente del mediodía y vieron los últimos resplandores del día. Sentada en la acera de su casa, Nelly Barrientos vio saquear la tienda que ella y Everardo Torres, su esposo, surtieron con años de trabajo. En diciembre de 1976, habían salido de la iglesia de Ochalí con el decreto sagrado de que ‘lo que había unido Dios, no lo separaría el hombre’, y fue en la finca Serafines donde nacieron Diego y Álvaro, sus hijos.

La tienda, que empezó como un almacencito de ropa, gracias a la amabilidad de Everardo, se convirtió en la despensa de abarrotes más frecuentada de Ochalí. “Los hermanos Everardo y Juvenal Torres abastecían el pueblo, fiaban mercados y le quitaban el hambre a muchos pobres. Quedamos como huérfanos”, dicen las declaraciones que

entregaron en la Personería de Yarumal los desplazados de la masacre.

En Ochalí estudiaron Diego y Álvaro hasta quinto grado. Luego hicieron sus estudios secundarios en el Liceo San Luis de Yarumal, de donde, cada fin de semana regresaban al regazo de sus padres. Ese lunes de enero (que correspondía a las vacaciones de fin de año para los estudiantes de derecho de la Universidad de Antioquia), Álvaro, quien había decidido ser abogado bajo la consigna de “ser quién encarnaría el futuro de Colombia”, acompañaba a sus padres. Cuando se preparaba para las vacaciones, le había dicho a la tía que lo acogió en Medellín que se llevaría todo; conocedor de las profecías apocalípticas de fin de milenio, concluyó su burla con una frase que todavía aprieta el corazón de la mujer: “si no nos encontramos otra vez, es porque el mundo se acabó”.

El lunes, Ochalí no se enteró de su primer muerto, aunque fuera Héctor Patiño, propietario de La Rivera.

IV

No es que no llegaran avisos. Las visitas de “unos y otros” fueron constantes. “Unos y otros” en Colombia quiere decir guerrilleros, paramilitares y Ejército, un eufemismo que los campesinos colombianos usan para no acolitar la deshonra de llamar por su nombre a quienes les arruinan la vida.



Los Llanos, Ochalí, Yarumal, Antioquia. Foto: www.yarumal.gov.co

En la tarde del lunes, Margarita, la esposa de Héctor acompañó a Yuliana hasta la terminal de buses de Yarumal y le encomendó al conductor del vehículo entregarla a Héctor sana y salva. Cuando el vehículo llegó, la pequeña saltó desde las bancas y entró a la tienda: las mesas de billar estaban “patas arriba”, los perros acobardados en un rincón y el cadáver de Héctor detrás del mostrador. Cuando los demás llegaron, la encontraron custodiando a su padre, lívida, huérfana.

A las once de la noche, observando tras la ventana, Margarita se explicó el regreso del camión por lo traidora que es la trocha para Ochalí. Pero cuando Yuliana la vio, se ahogó en llanto y un grito despertó a los vecinos. Horas más tarde apareció Carlos, el mayor de los hijos y el más cercano al padre. Margarita, que toda la noche había pensado cómo

decirlo, olvidó la fórmula apenas lo tuvo enfrente: “mataron a su papá”, dijo. El muchacho se desvaneció sobre una de las sillas del comedor y lloró largo rato hasta que decidió ir por el cadáver.

El sonido de los dos disparos que recorrió el horizonte se había escuchado antes de las seis de la tarde. Luis Pino, vecino de La Rivera, había visitado a su yerno horas antes y, hasta su despedida, los armados solo se habían interesado en comprar algunos productos. Tras el asesinato, los paramilitares se replegaron a las veredas El Llano y La Quebra, donde asesinaron a Alcides Torres, Alberto Marín, Wilder Andrei García, y Martín Torres, quien fue encontrado debajo de la cama por sus verdugos.

A las nueve de la noche los habitantes del poblado, salvo los prisioneros del cementerio, pudieron volver a casa. Según algunos testigos, fue un ex combatiente del Frente 36 de las Farc quien determinó el número de pulsaciones que les restaban a algunos hijos de Ochalí. Aunque el terror provocó una noche de insomnio, varias familias aprovecharon la oscuridad para escapar por los solares y ocultarse en los cultivos de caña. Mientras tanto, la única calle permaneció a merced de la sombra sigilosa de los armados.

El amanecer del martes por fin dio la cara y los moradores fueron convocados de nuevo. Raquel, que hasta entonces había permanecido en ascuas, llegó hasta el atrio con el firme

propósito de salvar a su hijo. A las ocho y media de la mañana pisó las baldosas de ese balcón público, desde donde se intuye la profundidad de las cuencas que se abren entre las montañas. Desde allí identificó a Marino, amarrado y tirado en el césped.

La madre habló con el padre Cesar Peña, párroco de Ochalí quien años después fue secuestrado por un grupo guerrillero, acusado de simpatizar con los paramilitares —aún hoy se desconoce su paradero—. El cura le aconsejó que hablara con el comandante.

—Señor, ¿por qué no les da otra oportunidad a esos muchachos? ¡Ay!, allá está mi hijo, dijo Raquel.

—Él le trae provisiones la guerrilla y necesitamos que conteste una pregunta.

—Pero qué va a hacer si es ayudante de una escalera, como le va a decir a la gente que no.

Le rogó que le permitiera llevarle una gaseosa y que el padre lo confesara:

—Esos “hijueputas” no necesitan nada, dijo el paramilitar.

—¿Y si no les contesta la pregunta?, preguntó ella.

—Lo matamos. A las diez de la mañana.

Tras la sentencia, Raquel le indicó a Antonio que volvieran a la casa a buscar una manta para recoger el cadáver.

Minutos después, Everardo, vestido de pantalón azul y camisa a cuadros, se despidió de Nelly diciéndole que pronto volvería. Álvaro fue tras él, negándose a dejar solo a su padre.

A las once de la mañana, un estallido enmudeció a los rezanderos reunidos en la iglesia. Cuando salieron y vieron desde el atrio los cuerpos ensangrentados, Ochalí cantó su tragedia con un coro de gritos de horror.

Sentada en la banca del corredor de su casa, Raquel contó uno a uno los paramilitares que mataron a su hijo y sepultaron en la desgracia a Ochalí. Dos días después, Juan Diego Restrepo, periodista de *El Colombiano*, publicó las denuncias que aseguraban que los ciento ochenta hombres fueron recogidos en Cacahual por una volqueta de propiedad del municipio de San Andrés y transportados hasta una base paramilitar de San José de la Montaña.

Cuando Raquel se aseguró de haber contado al último hombre, acordó con su esposo ir por Marino y convidó a Olga para que recogiera el cadáver de Rocío Análida. Ella, contrariada, le aseguró que a su hija la habían llamado para que diera una razón, pero no para matarla. Raquel, que en la escena del atrio vio a la muchacha tirada en el piso, insistió.

Hasta los más chicos de Ochalí recuerdan la imagen: el ángel con la mano izquierda señalando el cielo y bajo sus pies los cadáveres. Los valientes que recogieron a sus

muertos, reconocieron a los hermanos Juvenal y Everardo, acusados de auxiliar a la guerrilla; a Álvaro, el futuro de Colombia, si el mundo no se acababa con el milenio; a Marino Uribe y Rocío Análida, que desde niños compartieron el camino que une sus casas; y a los cuerpos de Jhon Barrientos, Gloria Espinosa, Milena Arias y el desconocido que pidió posada a Olga.

Raquel empuñó las puntas del edredón de diapol azul y con la misma vehemencia con la que gestó en su matriz a Marino nueve meses, cargó su cadáver quinientos metros; el padre hizo lo propio del otro extremo. Sobre la calle polvorienta del parque lo descargaron, y volvieron a su casa a empacar, con el firme propósito de no regresar jamás a su pueblo. La esperanza que Olga había alimentado camino al cementerio se convirtió en un dolor agudo. A Rocío Análida no le perdonaron que se hubiera enamorado de un joven que asesinaron en mayo de 1999 por haber pertenecido a la guerrilla.

Cuando Raquel y Antonio regresaron, la escalera de la que era ayudante Marino era su carro fúnebre. Esa tarde, ciento veinte desplazados llegaron a Yarumal y aún así quienes enterraron a sus muertos allí tuvieron compañía. El tomo IV del Libro de defunciones de la parroquia de Ochalí fue abierto el 19 de enero de 2000, dice una caligrafía garabatos. Según el libro, el padre de entonces dio sagrada sepultura a Alberto Torres; Martín Torres; Diana Arias, de catorce

años; Patricia Chavarría, de diecinueve años; Wilder García, de veinte años; y Rocío Análida Jaramillo, de veinticinco años.

Pedro Correa Ochoa es egresado de Periodismo de la Universidad de Antioquia. El fragmento aquí publicado hace parte de su tesis de pregrado del mismo título, asesorada por la periodista Patricia Nieto Nieto. El relato que le sigue a este fragmento se acerca a la vida cotidiana de los familiares de las víctimas de la masacre, siendo ese, más que narrar el hecho violento en sí, el objetivo de la investigación. A partir de ello, el periodista cuestiona a los sobrevivientes por su duelo, la reparación, los conceptos de muerte y de justicia, sus creencias religiosas y la reconfiguración de su entorno familiar después del hecho violento. La tesis aborda casos de masacres ocurridas en la subregión norte de Antioquia entre 1998 y 2003. Esta historia terminó de escribirse en enero de 2009.